

## TRADUCCIÓN Y EMPATÍA

HUSSEIN BOUZALMATE

*Je est un autre*  
A. Rimbaud

A primera vista el título puede sorprender a más de uno y se puede preguntar, con razón, qué tiene que ver la traducción con la empatía, ¿acaso no se está forzando a la traducción a una relación que le es ajena?, o ¿es que por ser la traducción un terreno bastante amplio se le pueden asociar cualquier otro concepto?

El objetivo de la presente charla es establecer un paralelismo entre traducción y empatía para demostrar que la traducción, en su esencia, es un acto de empatía. La una y la otra están intrínsecamente ligadas. De lo contrario, la propia traducción se vería mermada por ello.

Pero antes de entrar en materia voy a empezar por dar las definiciones de ambos términos para que puedan seguir conmigo el hilo de la exposición.

Si tomamos el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, en su edición de 1970, para el término «traducción» aparecen tres definiciones; pero la que más nos interesa en el caso que nos ocupa es la que habla de: «Expresar en una lengua lo que está escrito o se ha expresado antes en otra».

En lo referente a la definición del término empatía, o endopatía, no aparece en el *DRALE* y tuve que recurrir al *Diccionario de Filosofía* de José Ferrater Mora en donde pude dar con la definición del concepto.

En el citado diccionario aparece el término definido con las siguientes palabras: «Participación afectiva y, por lo común, emotiva, de un sujeto humano en una realidad ajena al sujeto».<sup>1</sup> Y luego aclara que la participación de manera afectiva de esta realidad abarca varios aspectos, entre los cuales destaca los bienes culturales y obras artísticas, que es lo que nos interesa retener. Si bien la definición es bastante amplia, no obstante cabe aclarar que la traducción es ante todo, un bien cultural.

La definición del *DRALE* deja las puertas abiertas a que se piense que la traducción es prácticamente todo, es como querer poner puertas al campo. Sin echar por tierra esta definición, sin embargo, no nos satisface por su amplitud. A esta definición le añadiría la de empatía. Me parece que ambas definiciones se complementan en la medida en que el grado de éxito de una traducción dependerá, en gran parte, de la interacción que ha tenido el traductor con la obra.

---

<sup>1</sup> José Ferrater Mora: *Diccionario de Filosofía*, vol. 2, Madrid, Alianza, 1981, 928. Al dar a la imprenta el presente trabajo constato que en la última edición —de bolsillo— del *DRALE*, aparece la palabra «empatía» con la siguiente definición: «Participación afectiva, y por lo común emotiva, de un sujeto a una realidad ajena».

Se me podrá objetar que un traductor no tiene porqué meterse en la piel del otro. Su tarea es traducir y punto. Esta opinión es parcialmente válida, pero no es el modelo de traductor que yo defiendo.

Quizá aun después de haber dado las definiciones de ambos términos, no se vislumbra con claridad la relación que existe. Y para la tesis que quiero defender puede parecer descabellado relacionar ambos conceptos. Uno se pregunta a primera vista qué relación puede existir entre ambos. Si a primera vista parece que no existe relación alguna, en las páginas siguientes voy a intentar demostrar que traducción y empatía van estrechamente ligados, e incluso me atrevo a decir que el tiempo humano está marcado por la interrelación y tanto la empatía como la traducción tienen por vocación dicho principio.

Mi concepción de la traducción es la relación que se fragua entre ambas, traducción por una parte y empatía por otra. Es decir, en mi opinión, el quehacer traductológico es una actividad funcional y en movimiento. Es una actividad transitiva. No soy partidario de aquéllos que consideran a la traducción como una disciplina *per se*.

De esta concepción escapa la traducción técnica, porque funciona mediante equivalencias y homologaciones. A este tipo de traducción no se le puede aplicar la empatía por tratarse de otro tipo de texto. Mientras que la traducción relacional incita a la re-creación. El traductor, cuando está ante un texto, se halla inmerso en un mundo relacional y de comunicación.

La verdadera dimensión de la traducción es la que yo concibo cuando hay una complicidad entre autor y traductor. Y en esta relación es donde entra de lleno la empatía. Es decir, la comunicación-cómplice entre autor y traductor. Pero esto no se debe entender como una moneda con dos caras. A lo que me refiero es que el traductor tiene que sentir el texto en toda su complejidad, tanto lingüística como extralingüística.

Y sentirlo quiere decir acercarse al otro y simpatizar con él aunque no se compartan los mismos valores. Cuando esto sucede, una traducción tiene visos de cumplir su total misión. Y si por el contrario esta comunicación-cómplice no llega, la traducción se resentirá.

La idea que quiero transmitir queda bien explícita en las siguientes palabras de la antropóloga M<sup>a</sup> Jesús Buxó:

El conocimiento que se obtiene por medio de una traducción supone una competencia parcial respecto a la formulación de la segunda cultura. Supone de algún modo, aplicar la semántica de nuestro código lingüístico a la comprensión de otro cuya realidad socio-cultural es distinta. Es como hablar de un dolor concreto con alguien que no lo ha experimentado. Entiende, pero no posee la misma vivencia.<sup>2</sup>

Ahondando un poco más en el tema, podemos decir que en su inicio el traductor inconscientemente —lo quiera o no— es un ser moderno sujeto a las vicisitudes del mundo que le rodea. Ser sensible a lo que le rodea; y esto implica, en cierta medida, intentar ponerse en la piel del otro (alteridad).

---

<sup>2</sup> M<sup>a</sup> Jesús Buxó: *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, CIS, 1978, 184-185.

Esto nos lleva en alguna medida a la cuestión misma del origen de la traducción, tan antigua como la sociabilidad del hombre, porque en cierta medida desde su aparición sobre la tierra su primera preocupación fue traducir el lenguaje de su entorno, para hacerlo comprensible a su lógica y modo de vida. Y, en consecuencia, saber cómo desenvolverse ante las nuevas realidades.

Ya desde los remotos tiempos el hombre siempre ha sido un ser con una clara proyección hacia lo que le rodea. Es lo que luego dio en llamarse por parte de los filósofos de la Ilustración francesa *el contrato social* (J. J. Rousseau).

En el caso de nuestros ancestros, su mayor preocupación era comprender el entorno, sin embargo, en nuestra época moderna y, en concreto para el traductor, esa relación, por fortuna, es mucho más liviana y se plantea sólo con el texto.

Cuando el traductor llega a una comprensión real del otro, es cuando se hace dueño del camino entre el texto de partida y el texto de llegada. El traductor no es dueño realmente de ninguno de los dos. El verdadero traductor es el que vive en ese terreno que él mismo se crea y, por consiguiente, donde se forja. Ese recorrido es una camino solitario que el traductor recorre solo. En esta travesía se parangona al creador artístico, en la medida, en que tanto el texto de salida como el de llegada surgen en la soledad.

Digo esto un poco a contracorriente de lo que comúnmente se piensa. Es decir, aunque el traductor, cuando surgen dificultades o problemas a la hora de traducir un texto, recurre a los diccionarios o a amigos para que le echen una mano, sin embargo, la verdadera tarea comienza cuando está solo, en casa, y tiene que dirimir qué término utilizar. Es en estos momentos cuando el traductor está sólo ante el texto.

Si existe *feeling* con lo que se traduce y fluye la comunicación, eso queda plasmado en la traducción, pero si esa chispa no surge también queda reflejado en la traducción. Cuando existe comunicación con el texto, por regla general, pasa desapercibido para el lector y se carga a cuenta del autor y no del traductor (que también su parte se merece en la creación).

En consecuencia, el traductor tiene esa facultad de vivir entre esos espacios y, una vez plasmado en texto, éste deja de ser suyo para volver el traductor a otra aventura. En consecuencia, se puede argüir que la traducción es una aventura permanente, un camino en constante movimiento: ni lineal, ni circular, sino *sui generis*. Por decirlo en otras palabras: movimiento traductológico.

Lo que reivindicó es la práctica traductológica. A veces la gente, al hablar de la traducción, lo hace del producto final, por ello el traductor es el eterno ignorado.

Aunque a primera vista parezca la idea un tanto baladí, lo paradójico del caso es que los propios traductores no han hecho hincapié en estas cuestiones, quizá movidos por otras cuestiones, que les ha apartado de esta problemática. En mi opinión, si no se hace hincapié en este hecho y se analiza en profundidad, se corre el riesgo de que la traducción se convierta en una especie de saco roto en donde todo cabe y un terreno en el que todo está permitido. De seguir así, se corre el riesgo de convertir a la traducción en una especie de disciplina impersonal y subordinada a cuestiones que tienen poco que ver con ella. Parece ser que estamos abocados a una situación en que la traducción sea el cajón de sastre.

Es tiempo de que se juzgue a la traducción con el mismo canon con que se juzga el gusto literario-artístico. Aunque como comúnmente se dice: sobre gustos no

hay nada escrito. En realidad no es que no haya nada escrito, sino sencillamente, que el gusto, al igual que la traducción, son fenómenos subjetivos de los que pueden participar unos sí y otros no. Otro tanto ocurre con el arte y la literatura: nos puede gustar este o aquel autor, este o aquel pintor, pero no hay unanimidad. Tanto la traducción como la creación son actividades individuales (un texto) y, por lo tanto, está sometida a juicios que competen, en parte, al lector, que es en definitiva a quien van dirigidas y quien en última instancia se las apropia. Se puede decir de la traducción, lo que se dice del arte: la única regla es que no hay regla.

Pasando a otro orden de cosas diré que para mí la traducción es una ciencia empírica. Pero este empirismo, por desgracia, se ve asediado por la urgencia de las editoriales que, ávidas por poner en el mercado una obra porque se acerca una feria o la presentación del libro o por cualquier otra razón, hacen caer al traductor víctima de ello. En mi opinión ningún traductor estaría de acuerdo con estos métodos de trabajo, sencillamente porque rara vez satisface el resultado que se obtiene: es una traducción condicionada. Esto debería desaparecer en pro de una ética del traductor.

La traducción necesita un tiempo de reposo. Cuando se traduce algún texto, es conveniente dejarlo una vez acabado en barbecho; y después de cierto tiempo volver a él para releerlo. Al igual que el vino de crianza, que se almacena en las bodegas para que vaya tomando color y sabor, ajeno a las leyes comerciales del momento. Pienso que las traducciones más logradas son las que recurren a este tipo de método.

En definitiva, la traducción no casa con lo urgente porque es la ciencia de la reflexión y del trabajo concienzudo. Y quien dice traductor dice trabajo, experiencia, constancia, paciencia, etc. Es una formación continua.

Esperemos que el traductor nunca caiga en lo que a continuación nos relata el filósofo Ortega y Gasset, haciendo referencia a los incidentes extra-traductológicos de los que fue víctima su libro *La rebelión de las masas*. He aquí cómo nos lo explica:

El libro americano ha sido compuesto por el traductor, tomando, aparte otros estudios, trozos del libro español originario, dejando otros fuera e inclusive formando párrafos nuevos con frases de mi texto distantes entre sí; es decir, suprimiendo las intermediarias. Pero ha hecho más el traductor: se ha permitido, con evidente audacia, poner algunas notas por su cuenta y bajo su firma al pie de ciertas páginas, donde intenta derivar de lo escrito por mí hace dieciséis años opiniones muy taxativas sobre lo que ahora pasa en España, opiniones que son las políticas del traductor, pero no las mías, ni políticas ni teóricas. Para que todas las cosas queden en su punto, es obligado decir que el editor americano no tiene responsabilidad alguna en el asunto.

Y en otro lugar añade:

El traductor no posee la más vaga noción de lo que viene aconteciendo en España desde hace muchos años. No obstante, se cree con perfecto derecho a opinar sobre las más grandes cosas de mi país en forma perentoria y contundente.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*, Madrid, Alianza, 1990, 240-241.

No quisiera finalizar estas palabras y que se salga de aquí con la idea de que abogo por un tipo de traducción y excluyo las demás. Nada más lejos de mi intención. Lo que simplemente quería transmitir es que a la hora de elegir —porque a fin de cuentas la traducción al igual que las cosas de la vida es una elección—, me inclino al tipo de traducción por la que he abogado en esta charla. Si el mensaje ha sido recibido me doy por satisfecho.

